Paulina L. Alberto,
Leyenda negra. Las múltiples vidas de Raúl Grigera o el poder de los relatos raciales en Argentina, traducción por Florencia Grieco,
Buenos Aires, Prometeo, 2024, 461 páginas

Leyenda negra es el trabajo más reciente de Paulina L. Alberto, historiadora especialista en la intersección de raza y nación afrolatinoamericana. En esta oportunidad nos propone acercarnos a los relatos raciales argentinos a través de una minuciosa reconstrucción microhistórica de la familia de Raúl Grigera, una celebridad afroporteña de principios del siglo XX.[1] El objetivo del libro es mostrar la capacidad de los relatos racializados de imponer ideologías raciales en el discurso público. Con la utilización del concepto de "leyenda negra", la autora dialoga con una tradición historiográfica de interpretación de la colonización americana que tendió a dar por aniquilados tanto a pueblos indígenas como a afrodescendientes, proponiendo en cambio una relectura en clave de invisibilización.[2]

La investigación hilvana tres ejes: la historia de los Grigera, los relatos sobre el personaje "el negro Raúl", y una historia intelectual sobre el racismo en la Argentina. Si bien no se trata de un enfoque de historia conceptual, la última vertiente contribuye a la historización de la categoría de "negro/a" en estas latitudes. Centrado en el período 1840-1950 y localizado en Buenos Aires, el libro cuenta con dos partes: una que remite al siglo XIX y a los antepasados de Raúl, y otra centrada en el siglo XX y en su figura.

El primer capítulo abarca el período de 1850-1880 y repasa la trata esclavista y el sistema de patronazgo rioplatense en relación con los bisabuelos y abuelos de Raúl. La autora explica que, hacia mediados del siglo XIX y tras sucesivas oleadas de inmigración no-africana, el porcentaje de los afroporteños se vio reducido del 30% al 1,8% en la ciudad. La situación, junto con los mitos sobre la extinción afroargentina en guerras y epidemias, fue leída por la élite intelectual como el inicio de su inminente desaparición.[3] Esto fue impulsado por pensadores como Sarmiento o Estrada que, en pos de una ciudadanía universal, impulsaron un proceso de desmarcación racial, a saber, una homogeneización poblacional más comportamental que étnico-racial. Las políticas de desmarcación impulsaron la omisión de categorías raciales en documentos oficiales y ampliaron conceptos ambiguos como *trigueño* (para su final inclusión en la categoría de *blanco*).

El segundo capítulo se centra en el período 1880-1900 y utiliza a los periódicos afroporteños como fuentes principales. En este período los discursos sobre el blanqueamiento poblacional se convirtieron en una "narrativa maestra de la homogeneidad blanca" (p. 141) y se caracterizaron por el vaciamiento de la categoría *negro* de la mano de la consolidación de la narrativa del país como orgullosamente *blanco*. Como respuesta a la exclusión basada en el color, los editores promovieron la búsqueda de respetabilidad de su comunidad a partir de un comportamiento intachable. Aquella estrategia denominada *regeneración*, no obstante, contribuyó a despoblar la categoría *negro* y a la adscripción a una identidad nacional *blanca*, incluso cuando aquella encubría una amplia gama de mestizaje. En la medida en que se comenzaron a priorizar alianzas de clase o políticas, la regeneración implicó la socavación de lógicas comunitarias.

[1] Esta reseña amplía una primera aproximación al libro publicada en formato de ficha bibliográfica en *Cuadernos del CEL*: Zoe Brodsky Mercer, ficha de *Leyenda negra. Las múltiples vidas de Raúl Grigera o el poder de los relatos raciales en Argentina*, de Paulina Alberto, *Cuadernos del CEL*, núms. 13-14, 2025, p. 157.

[2] Sobre esta discusión, un libro de referencia es Rómulo Carbia, *Historia de la leyenda negra hispanoamericana*, Buenos Aires, Orientación Española, 1943.

[3] Tanto las guerras de la independencia como la fiebre amarilla redujeron numéricamente a las clases populares en general, y no implicaron la extinción de un grupo en particular (p. 59).

Los capítulos que siguen, centrados en la figura de Raúl, significan un aporte historiográfico sustancial al conocimiento sobre los afroargentinos hacia el siglo xx. El tercer capítulo recorre la juventud de Grigera en la primera década del siglo: su paso por un reformatorio en Marcos Paz y el regreso a Buenos Aires, marcado por problemas legales y trabajos temporales. En un clima social cada vez más hostil para los afroargentinos, emergió la categoría de "degenerado", a saber, individuos con un supuesto deterioro racial o moral, que abarcó desde prostitutas y "desviados" sexuales hasta "vagos" y "vagabundos". Es decir, el degenerado era aquel de quien se suponía un deterioro racial (biológico) y/o moral (comportamental) propio de una sociedad mestiza. Es así que la categoría de *negro* comenzó a fundirse con la de las clases populares urbanas, desdibujando los límites identitarios.[4] Frente a la disolución, los afroporteños tuvieron dos opciones: encarnar el estereotipo de "negro de alma blanca" (p. 205) (a saber, una persona racializada cuyo tono de piel fue pasado por alto gracias a su comportamiento) o bien, quienes no lograron desmarcarse como *negros*, ser identificados como individuos excepcionales expuestos a la hipervisibilidad y a una abierta discriminación. Así, el "límite entre negro y blanco, lejos de ser sistemático, era contextual y terriblemente caprichoso" (p. 207).

Los años de fama de Raúl (1910-1916) son abordados en el cuarto capítulo, en el cual se lo presenta como un "carismático ícono negro de la cultura popular porteña y de la noche bohemia" (p. 210). Esta fama fue alcanzada a partir de la organización de candombes en el Teatro Nacional, y las afectividades positivas alrededor de la negritud en el mundo del tango. Su notoriedad, señala Alberto, iba a contramano del comportamiento esperado de los afroporteños (la adscripción a estereotipos de miseria, victimización y autosilenciamiento), y su salto a la celebridad fue posible gracias a que ciertos círculos sociales contrahegemónicos del criollismo popular albergaron una fascinación por la negritud como un emblema de orgullo, tradición y masculinidad, incluso en medio de una obsesión por la blanquitud. En este período, la prensa mostró a Raúl como un "vivo" dada su forma lujosa de vivir sin trabajo conocido.

El período de 1916 a 1930 fue de una intensa difamación a la imagen de Raúl. Coincidiendo con esta periodización en el quinto capítulo, Alberto recorre la creación del ficticio personaje "negro Raúl", ahora confinado a escenas de deshumanización servil frente a jóvenes de élite *blanca*. La autora relaciona este viraje con la preocupación de la clase política de antaño por la *negritud* de las clases populares frente a la ampliación del electorado votante.[5] Como parte de las caricaturas pedagógicas que buscaron moldear un comportamiento social aceptable de las clases medias, apareció la historieta *Las aventuras del Negro Raúl*, de Arturo Lanteri. La autora sostiene que la misma inauguró el canon violento hacia el "negro Raúl" y concluye que su moraleja fue "no ser un negro" (p. 277). Este período estuvo marcado por una negrofobia que arruinó reputaciones de afroargentinos de renombre. Contra esta narrativa, no obstante, Alberto descubre que Raúl trabajó como guía de los jóvenes de clase alta en la noche porteña.

El sexto capítulo, dedicado a los últimos años de Raúl, demuestra que entre 1930 y 1955 "el negro Raúl" sirvió de moraleja de los relatos racializados: pobreza, locura, enfermedad y falta de hogar. Asentado sobre el racismo científico, el golpe militar de 1930 aumentó la vigilancia sobre las calles de la ciudad. Las personas consideradas indeseadas fueron confinadas en instituciones psiquiátricas, escenario en el que Raúl terminó sus días, en la Colonia Open Door. Alberto sostiene que la ausencia en la vía pública –tanto de Raúl como de los afroporteños en general– funcionó como una metáfora de "invisibilidad-como-muerte" (p. 377). No obstante, los afroporteños se relocalizaron

[4] La dispersión afroporteña en este período se explica por tres razones: las nuevas solidaridades de clase y políticas; la relocalización geográfica; y la ausencia de periódicos comunitarios socialmente aglutinadores.

[5] La presidencia de Hipólito Yriyoyen habilitó la identificación de sus votantes, incorporados por la Ley Sáenz Peña, como *negros*: "[…] plebes políticamente peligrosas que recordaban a las ´hordas africanas´ rosistas" (p. 267).

en diferentes barrios donde reprodujeron sus patrones de sociabilidad. El peronismo, por su lado, al atenuar los rasgos más excluyentes del paradigma de la blanquitud y habilitar espacios para los afrodescendientes, "limitó su potencial para acabar con la invisibilidad" (p. 379). Es decir, en la medida en que sus detractores identificaron a las masas peronistas como "negros", el peronismo contribuyó al desprendimiento de la categoría "negro" del color de la piel y a la invisibilización afroargentina.

El epílogo del libro abarca desde 1955 hasta la actualidad y se refiere a las vidas póstumas de Raúl. Estas narraciones presentaron el paso de Grigera por la ciudad como algo anómalo e irreal, contribuyendo así al mito de la desaparición. Tanto la apertura democrática desde 1983 como los años de gobiernos kirchneristas (2003-2015), argumenta la autora, impulsaron la visibilización de los afroargentinos como un grupo socialmente agraviado, pero no lograron modificar las narrativas centenarias sobre la negritud en el país, razón por la cual Alberto comenzó a desarrollar la resultante investigación. La conclusión alcanzada por el libro es que durante el siglo XX se instaló una narrativa racial que prometió la inclusión en la ciudadanía *blanca* a individuos de diversos orígenes étnicos y rasgos fenotípicos, en la medida en que cumplieran con ciertas *performances* de blanquitud. En la práctica esta inclusión fue parcial y, para los afroargentinos, implicó su invisibilidad forzada como grupo diferenciado, así como el afianzamiento de la imagen del país como libre de racismo.

El libro contempla una extensa variedad de fuentes históricas, como memoria oral, periódicos y registros parroquiales, civiles y policiales, entre otros. Asimismo, la autora dialoga con diferentes ramas de la historiografía para construir el relato: la historia de la fotografía,[6] de la historieta,[7] de la criminología,[8] la historia social argentina[9] y de los afroargentinos[10] y otras. Consideramos que aquella diversidad apunta a historizar políticas y dispositivos de silenciamiento de la presencia afroargentina a partir del abordaje microhistórico de la familia Grigera. El libro representa un considerable aporte al alumbrar zonas hasta ahora opacas, como la construcción de la identidad racial argentina y su repercusión en la población afroporteña. Asimismo, y aunque no fuera un objetivo inicial, *Leyenda negra* contribuye a la historización de la categoría *negro*. Al tratarse de una obra destinada a un público erudito, coincidimos con la autora cuando sostiene que la divulgación de sus resultados sería de un enorme valor social en formatos más accesibles a un público no especializado.

Zoe Brodsky Mercer
Universidade Federal do Estado de Rio de Janeiro

[6] Abel Alexander, "Retratos en negro. Afroargentinos en la fotografía del siglo XIX", en *Historia de la fotografía*, Rosario, Sociedad Iberoamericana de Historia de la Fotografía, 2007.
[7] Carlos Trillo y Guillermo Saccomanno, *Historia de la historieta argentina*, Buenos Aires, Ediciones Record, 1980.
[8] Oscar Terán, *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la "cultura científica"*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000.
[9] Ezequiel Adamovsky, *Historia de la clase media argentina: apogeo y decadencia de una ilusión, 1919-2003*, vol. 4, Buenos Aires, Planeta, 2009.
[10] Lea Geler, *Andares negros, caminos blancos. Afroporteños, estado y nación: Argentina a fines del siglo XIX*, Rosario, Prohistoria Ediciones, 2010.